

RESEÑA DE LA EXPLORACIÓN AL RÍO URIQUE EN EL CAÑÓN DEL COBRE

Exc. 915 – 1ª Fuerza - 29 de junio a 1 de julio de 1963

Prólogo

Corría el mes de junio de 1963. Era época de vacaciones escolares. Recibo una llamada telefónica de Antonio Castillo: *“Me encuentro en Chihuahua haciendo un trabajo. Mandé pedir unas piezas faltantes y tardarán algunos días en llegar. Me gustaría aprovechar para excursionar a la Barranca del Cobre, ¿te gustaría venir conmigo?”*

Sin pensarlo dos veces acepté: *“Ahora mismo preparo mi mochila con mis cosas y salgo para Chihuahua”* le contesté a Toño.

Yo tenía apenas dos años de haber ingresado al Cóndor y tenía poca experiencia. En cambio Toño Castillo era todo un personaje en el Club. La noche que llegué al Cóndor por vez primera, Toño era el Presidente. Ese fin de semana en que me invitaron a mi primera excursión con el Cóndor (la famosa Excursión No. 800) él fue el Capitán de la primera patrulla, que salió el sábado en la tarde al Paraje 800”. Amistoso, afable, entusiasta organizador de excursiones (solía ser él quien proponía las “volcaneadas” a las tres cumbres más altas de México) no levantaba la voz ni procuraba hacerse notar, pero todos ponían atención a lo que él decía. Tenía además una habilidad poco común para resolver cualquier situación adversa, en resumen: era un perfecto líder, estimado y respetado por todos. Yo me sentí muy honrado y orgulloso de que Toño me hubiera invitado a participar con él en esta exploración.

A 50 años de distancia de esta exploración, Antonio Castillo, **CAPITÁN EMÉRITO DEL CLUB EXPLORADOR CÓNDOR**, escribe sus recuerdos de la misma, y aquí los publicamos junto con la reseña oficial y las fotos de la misma.

Redactó: Eduardo Verduzco

Relato de una Excursión

Estando yo trabajando en la ciudad de Chihuahua, se me ocurre que podríamos hacer una visita al Río Urique y me acordé de Lalo Verduzco, ya que alguna vez platicamos sobre la Barranca del Cobre. Me comuniqué por teléfono con él, le expuse la idea y la aceptó, de inmediato me preguntó “¿cómo le hago?”. Fue sencillo, cómo sería el viaje, y la reunión, de paso recogería mi mochila en mi casa y se trasladaría a Chihuahua.

EL PLAN

Viajar en el CHEPE -así le dicen de cariño al tren- la ruta turística de la Tarahumara. El plan era muy sencillo, bajar al río, recorrer por un día el cauce y regresar.

Después dar tomar el CHEPE ya en paz durante el viaje le mostré a mi Compadre la otra parte del plan, el recorrido donde mostraba la estación donde nos bajaríamos la estación, San Rafael, no conocíamos el lugar ni sabíamos cómo le haríamos, se lo dejamos a nuestra buena suerte. Llegamos, serían las 10 AM cuando descendimos con nuestro equipaje vimos la plaza y nos dirigimos a ella, ahí pregunté por una persona que conociera el río. De un grupo un señor me dio un nombre y el rumbo, fuimos a un restaurante, ahí en un grupo de gente pregunté por Hilario, me dijo un señor: “*yo soy*”, le llamé aparte y platicué nuestro plan me dijo que conocía la ruta. Convenimos el precio, le digo “*traiga su equipo*”. Cuando llegué me sorprendió lo escaso de su equipo, ya no dije más y emprendimos nuestra aventura.

Tomamos la ruta del tren y nos encontramos un túnel, después de cruzarlo caminamos como un kilómetro, en ese lugar el guía nos señala y dice “por aquí bajamos”.

EL DESCENSO

Seguimos al guía y empezamos un descenso muy largo, por poco más de 2 horas. Llegamos al fondo de una barranca, le pregunto al guía qué sigue y me dice: “ahora hay que subir por este lado y llegar hasta la cumbre”, mi compañero y yo cambiamos miradas y échale ganas, así fue pasando el tiempo.

Y las barrancas vinieron una tras otra por fin en un recodo del camino ahí está el Río Urique: eran las 19 hrs., el clima se encontraba a más de 35 grados, nos acercamos al río, dejamos las mochilas y nos arrojamos al agua, el agua estaba caliente, esa fue nuestra sorpresa. Salimos buscando un lugar para acampar, escogimos una playa cerca del agua y mientras limpiábamos el lugar vimos relámpagos río arriba, pensando que podía crecer el cauce buscamos un lugar más alto.

Después de cenar comenté con mi Compadre sobre el ascenso. Pensando en el tiempo que ocupamos en la bajada no completaríamos con nuestro tiempo. Decidimos hacer el regreso al día siguiente.

Hoy despertamos un poco más tarde de lo acostumbrado pues la jornada de ayer fue larga. Después de hacer nuestro almuerzo llamé a Hilario nuestro guía y le dije del cambio de plan. Recogimos nuestro campamento, le digo a Hilario “*vámonos*”, me indica otro rumbo. Le reclamo ¿por qué llegamos por otro lugar? Me explicó que por ese rumbo era más rápido.

Fueron pasando las horas y nosotros ascendiendo, el tal Hilario era inalcanzable, eran las 20 horas. Encontré una explanada, le digo a mi Compadre: “*aquí acampamos*”, ya muy cansados, pusimos el campamento y se acabó la jornada, le pregunto al guía cuánto falta para llegar, “*2 horas*”. No le creí.

El Regreso

Por la mañana el clima es fresco nos despierta el sol en su esplendor, levantamos nuestro campamento.

Después de trepar por el tiempo dicho llegamos a la vía del CHEPE, más adelante el túnel, luego llegamos a San Rafael luego a la Estación a esperar al tren. **A bordo del tren, nos despedimos y dijimos adiós al Rio Urique. Nunca te volveré ver.**

Redactó: Antonio Castillo Ortiz. Año 2012

Viernes 29 de junio de 1963

Empezamos la presente excursión el viernes 29 de junio a las 21:30 hrs. cuando salió el tren de la estación del Ferrocarril en la ciudad de Chihuahua. Nos había llevado a la estación la familia de nuestro buen amigo Francisco Uranga, compañero de estudios y excursiones.

Este tren era tan lento como cualquiera de los trenes mexicanos, pero las ventanas no se abrían y no tenía aire acondicionado, por lo que aquello parecía un baño turco. Habíamos comprado pasajes hasta Creel, pero en el tren un señor que parecía conocer la sierra nos aconsejó que continuáramos hasta San Rafael, y de allí bajáramos hasta el Río Urique, y decidimos seguir su consejo. En Creel compramos pasajes hasta San Rafael.

Sábado 30 de junio

Como a las 6:15 del sábado el tren se detuvo en El Divisadero para que los pasajeros pudiéramos admirar tan bello paisaje como existe en ese lugar. Cerca de las 7:30 hrs. llegamos a San Rafael. Allí contratamos un guía, pues como íbamos escasos de tiempo, no nos convenía ponernos a hacer exploraciones por nuestra cuenta.

Cerca de las 8:30 empezamos a caminar. Nos dijo el guía que el río no quedaba lejos: “*nomás allí abajito*”. Tal cosa era cierta si se considera la distancia a vuelo de pájaro, pero caminando por la sierra la cosa es diferente. Tomamos primero por la vía de ferrocarril. Pronto encontramos un burro que acababa de matar el tren del cual nos habíamos bajado. Como el ferrocarril tiene que atravesar la sierra, hace miles de vueltas para sortear las cañadas, lo cual resulta muy interesante no obstante la lentitud. Pronto dejamos la vía para cortar camino y evitarnos una vuelta larguísima que hace el tren. Bajamos a una cañada y la volvimos a subir para encontrar de nuevo la vía del ferrocarril.

Entramos luego a un túnel largo. Este túnel tenía intercalados a ambos lados, a una distancia aproximada de cada diez metros, nichos para permitir el refugio de dos o tres personas en caso de que pase el tren, aunque tal medida no era estrictamente indispensable.

Después de caminar algunos kilómetros siguiendo la vía del ferrocarril, bajamos a un vallecito muy pintoresco, donde encontramos de nuevo y por vez última, la vía. Debajo de un puente del mismo ferrocarril nos detuvimos a desayunar y beber agua. Allí se divisaba una pequeña nube blanca en el horizonte, y al verla el guía pronosticó: “*va a llover*”. Tal cosa no pareció en aquel instante ni remotamente posible.

Después de desayunar continuamos caminando, esta vez de subida por el vallecito hasta un puerto que era el principal. No recuerdo su nombre porque en aquellas regiones abundan los nombres tarahumaras, que son bastante raros e incomprensibles. Cuando estuvimos en el mencionado puerto divisamos no muy lejana una sierra -entre otras muchas- a cuyo pie pasaba el Río Urique, que era nuestro objetivo. Para entonces eran cerca de las 11:30 horas y el río se antojaba relativamente fácil de alcanzar. La región en que nos encontrábamos era encantadora: estábamos entre bosques de pinos y a todo nuestro alrededor, excepto tal vez hacia el río, las sierras y mesetas estaban también pobladas de pinares.

Empezamos a bajar por la cañada. A poca distancia encontramos un pequeño rancho junto a un arroyito donde habríamos de acampar al día siguiente, aunque en ese momento no lo sabíamos. Continuamos bajando y terminó el arroyito, y a poco rato la vegetación fue haciéndose más escasa, empezaron a disminuir los pinos y abetos tomando su lugar las plantas y árboles de regiones más bajas y áridas, hasta que pronto estuvimos caminando sin protección alguna del sol ardentísimo y con mucha sed: aquello se tornaba un tanto incómodo.

Cruzamos luego a otra barranca hacia nuestra derecha que se antojaba peor que la que dejábamos, la vereda la cruzaba y subía luego. Al fondo, en la cañada, se veían algunos arbustos verdes y uno que otro árbol, pero no se veían señales de que hubiera humedad. Las rocas calientes caldeaban nuestros pies, que por ir perfectamente encerrados dentro de las botas no podían refrescarse y aquello no era agradable. Llegamos al fondo de la cañada agobiados por la sed y la incertidumbre del hallazgo de agua en nuestro camino, y encontramos con gran sorpresa y contento que había allí un arroyito cristalino.

Descansamos allí un rato ya que eran cerca de las 14:00 hrs. y el tiempo no estaba muy agradable para caminar. Luego continuamos la marcha. El terreno era cada vez más árido, pero casi en cada cañadita de las muchas que rodeaban la barranca principal y que teníamos que cruzar para llegar al río, encontrábamos un arroyito de agua clara y fresca. Incluso un poco más abajo de donde descansamos, vimos en el lado opuesto una cascadita que aumentaba el caudal del arroyo.

Las nubes continuaron espesándose y cerca de las 17:00 ya estaba lloviendo no muy lejos de nosotros, sintiéndose olor a humedad en el fresco aire que en ráfagas nos llegaba, y sintiéndose el retumbar de rayos; pero el viento desviaba la cercana lluvia, cayéndonos tan sólo unas gotas. Ya para entonces los

matorrales por los que caminábamos tenían minúsculas hojas, debido a la sequía, empezaban a abundar los cactus del tipo “tubos de órgano”. Encontramos extrañados plantas de tabachín, que a diferencia de las de los trópicos, no tenían más de 60 cms. de altura, y no obstante estaban en flor y algunas contaban con semilla, aunque verde. También nos asombró que estas plantas tuvieron los tallos completamente cubiertos de espinas, aunque tan suaves que en vez de enterrársenos en las manos se doblaban: evidencia de la adaptación de la planta a las inclemencias del clima que no le es propicio.

A las 19:15 llegamos cansadísimos, sedientos y con los pies terriblemente lastimados y ardientes al Río Urique, nuestra meta. Lo primero que hice fue meterme al río, con un caudal similar al del Río Ramos, aunque hay que notar que es un río que corre en medio del desierto sin modificación alguna de dicho desierto. Faltaban los consabidos sabinos de nuestra tierra, y sólo un encino estaba a la vista en sus márgenes, abundando, eso sí, los cactus.

El agua estaba tibia y fue un placer quitarme el abundante polvo y transpiración de todo aquel día, y enjuagar mi ropa así como ponerme ropa limpia. Por más que tenía el estómago pleno a más no poder de agua, en la boca continuaba la apremiante sensación de sed, instándome a beber más y más. Cerca de las 20:00 cenamos y nos dispusimos a dormir junto al río, pero entonces se nos vinieron encima espesos nubarrones con mil rayos y truenos, en forma por demás amenazadora. Era evidente que la tormenta que se había estado gestando toda la tarde no tardaría ni quince minutos en venírsenos encima. Toño razonó que por aquel río se drenaba gran parte de la sierra, por lo que no sería de extrañarse que se creciera, por lo cual era prudente retirarnos de su cauce. Agarramos nuestras bolsas de dormir y mochilas justamente cuando las nubes empezaban a lanzar unos rarísimos aullidos, que el guía interpretó como señal de granizo, y nos dirigimos detrás de una gran roca, que parecía el lugar más abrigado de los alrededores. Aún no habíamos llegado a él ya los granizos nos azotaban furiosamente, seguidos de tupida lluvia, que después de cinco o diez minutos empezó a menguar.

Por suerte el viento azotaba del lado opuesto de la roca, por lo que o nos afectaba, pero estábamos en un plano inclinado muy incómodo para dormir, ya que continuamente nos resbalábamos, y para complementar aquella situación, Toño encontró en su cabecera un gran alacrán negro, que nos hizo recordar que no son tan benignos como los de nuestra tierra, y por si fuera poco, la lluvia había saturado

de humedad el ambiente, y como hacía calor y el viento no llegaba hasta nosotros, empezamos a sudar copiosamente. En cuanto cesó la lluvia regresamos junto al río y nos dispusimos a dormir. La noche era tibia y usé la bolsa de dormir tan sólo para protegerme de los mosquitos.

Domingo 1 de julio

Al día siguiente Toño nos levantó muy temprano y después del desayuno, baño y algunas fotos emprendimos el retorno como a las 6:30 horas. El regreso fue una repetición de nuestras experiencias del día anterior, sólo que cuesta arriba. El guía cargaba mi mochila, y la de Toño nos la turnábamos. Un poco más arriba conseguimos que un señor nos ayudara un trecho con la mochila, pero luego nos la regresó y se regresó.

Como a las 13:00 hrs. nos detuvimos para descansar en un claro junto al camino. Teníamos muy poca agua y al estar descansando oí gotear un poco más arriba. No estaba seguro de estar en mis cinco sentidos pero decidí ir a investigar y encontré que efectivamente, como un milagro del Cielo, de una roca goteaba agua en un depósito que contenía varios galones del preciado líquido. Con aquello tuvimos suficiente para comer y después de la siesta continuamos la marcha. Ya para entonces estábamos en terreno alto y habíamos decidido acampar cerca del puerto para continuar al día siguiente. Al poco andar encontramos el arroyo y el ranchito que vimos al descender, y cerca de las 16:30 acampamos en aquel lugar.

Al poco rato se vino la lluvia de nuevo, pero el lugar era más abrigado que el campamento anterior, y tampoco duró mucho rato. Mandamos al guía a comprar tortillas y queso al ranchito cercano, pero los moradores tarahumaras ni entendían el español ni les interesaba cambiar sus tortillas por nuestro dinero.

Lunes 2 de julio

Al día siguiente continuamos la marcha para estar de regreso en San Rafael a las 10:30 hrs. A las 16:30 llegó el tren que nos condujo de nuevo a la Ciudad de Chihuahua. Así termina esta interesante exploración.

Redactó: Eduardo Verduzco - Julio de 1963

UNIDOS Y ADELANTE

Asistentes:

Antonio Castillo Ortiz - Capitán

Eduardo Verduzco Martínez